

CHILE Y LA INDEPENDENCIA DEL PERU

Carlos Aguirre Vidaurre-Leal
Capitán de Navío

INTRODUCCION

El 8 de septiembre de 1820, en la amplia bahía de Paracas, al sur del Perú, se iniciaba el desembarco de la más poderosa fuerza militar transportada por mar que hasta entonces se hubiera hecho realidad en la América hispana. Dicha fuerza, proveniente de Chile, llevaba la consigna de aniquilar el poder armado del Virrey para así lograr la independencia del Perú.

Este episodio marca, por tanto, el inicio del complejo proceso político y militar que llevaría finalmente a la proclamación de un Estado peruano soberano, libre de toda sumisión a la monarquía española.

La conmemoración de tan significativo suceso para el pueblo peruano está asociada a la figura preclara del General don José de San Martín, venerado en el Perú como su Libertador y creador de su primera institucionalidad independiente.

En el año recién pasado esta fecha fue celebrada con especial solemnidad en la ciudad y puerto de Pisco, que fuera el primer acantonamiento del Ejército Libertador en suelo peruano. La noticia, que aparece comentada editorialmente en el número de noviembre de 1989 de la revista *Vigía* de la Armada de Chile, nos dice que en la ceremonia principal se rindió homenaje, junto a San Martín, a la memoria de nuestro prócer Bernardo O'Higgins, como justo reconocimiento a su fundamental contribución a la gestación de la magna empresa.

A propósito de dicho homenaje, un prestigioso diplomático peruano, don Gonzalo Fernández Puyó, comentaba en *El Comercio* de Lima que O'Higgins aún no ha recibido del Perú el debido reconocimiento histórico que merece,

lo que atribuye a susceptibilidades nacidas de las situaciones ingratas que han vivido nuestros países, pero que son del todo ajenas a la persona del héroe y al acontecer histórico de esa época.

Cualesquiera sean las razones, es un hecho que la figura de O'Higgins aparece disminuida de su real dimensión, tanto en el Perú como en el ámbito hispanoamericano en general. A esto ha contribuido una exagerada sublimación de la obra de San Martín, emprendida por panegiristas o historiadores poco rigurosos, que han desvirtuado la realidad histórica hasta el punto de atribuirle a su genio no sólo la concepción, formación y conducción del ejército que dio libertad al Perú, sino también el mérito de la creación de aquella escuadra que limpiara de enemigos el Pacífico. Según esta visión, la expedición habría sido una empresa nacional argentina, con alguna cooperación chilena.

Al escribir estas líneas nos proponemos reafirmar la verdad histórica y contribuir a una mayor divulgación pública —que ojalá llegara tras nuestras fronteras— del papel trascendente que, bajo la égida del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, cupo a Chile en la gesta emancipadora del Perú y su contribución a la libertad de América.

IMPERATIVOS POLITICOS Y ESTRATEGICOS PARA LA LIBERTAD DE CHILE

Bien conocida es la frase "Este triunfo y cien más serán insignificantes si no dominamos el mar", pronunciada por O'Higgins después de la batalla de Chacabuco. En ella se resume su concepción estratégica eminentemente marítima,

influida sin duda por su educación británica, pero madurada en el exilio de Mendoza tras el colapso de la Patria Vieja.

La visión estratégica del prócer surge de la simple constatación de que la falta de un poder naval patriota había permitido que llegaran impunemente a Chile tres invasiones desde el Virreinato del Perú. Desde una perspectiva meramente defensiva, la supremacía marítima aparecía ya como un primer imperativo para preservar nuestra independencia.

Sin embargo, el objetivo estratégico final del bando patriota no podía ser otro sino la destrucción definitiva del poder militar virreinal, para eliminar de raíz la amenaza que, de otro modo, pesaría permanentemente sobre el novel Estado. Este segundo imperativo implicaba asumir la ofensiva cruzando el mar, para lo cual el control del océano era nuevamente un imperativo estratégico.

Por otra parte, la derrota militar del Virrey interesaba no sólo a Chile, ya que era también vital para la seguridad futura de Nueva Granada y de las Provincias Unidas del Plata. El objetivo político común para los nuevos Estados debería culminar en la instauración de un régimen político amigo en el Perú.

Este ideario vino a fundirse en una misma conciencia y en una misma unión de voluntades entre San Martín y O'Higgins. El primero, militar de carrera, con una experiencia bélica adquirida en lucha contra el mejor de los ejércitos del mundo, había llegado al convencimiento de que la campaña terrestre contra el virreinato emprendida por el Gobierno de Buenos Aires a través del Alto Perú estaba destinada al fracaso. Así, a partir de una diversa experiencia, ambos coincidirían en que la estrategia correcta era una ofensiva al corazón político del Perú, llevada por vía marítima.

El Gobierno argentino, en la persona de su



RETRATO DE DON BERNARDO O'HIGGINS (Oleo de A. Kuhl)

Director Supremo don Martín de Pueyrredón, concordó en el plan de guerra propuesto por el General San Martín, a cuyo efecto dispuso los aportes materiales y humanos para la formación del Ejército de los Andes en la provincia de Cuyo y dictó las instrucciones superiores para la campaña destinada a liberar a Chile, primera fase del plan estratégico esbozado para llegar al Perú. Desde esta perspectiva, la contribución argentina a la independencia chilena fue, pues, directa y decisiva.

La segunda fase era la campaña marítima, indispensable para el logro del proyecto de San Martín, pero cuya materialización debería

corresponder al gobierno independiente a formarse en Chile. La contribución argentina, en cambio, no podría concretarse sino indirecta y minoritariamente.

EL TEATRO DE LA GUERRA ENTRE 1818 Y 1820

El teatro marítimo

Tal como lo concibiera O'Higgins, la fuerza naval empezó a formarse en Chile, muy modestamente, apenas logrado el triunfo de Chacabuco en 1817; pero el control del mar pertenecía aún al Virrey, quien contaba con una abrumadora superioridad naval que había sido apenas amagada por los corsarios chilenos o por la flotilla de igual índole enviada anteriormente por Buenos Aires al Pacífico al mando de Guillermo Brown. Así, el virrey Pezuela pudo enviar una cuarta—y última—expedición militar a Chile, al mando del Brigadier don Mariano Osorio, quien repitiendo el trayecto general de las anteriores campañas terrestres fue por fin derrotado en Maipo el 5 de abril de 1818.

A partir de entonces se acelera el desarrollo de la fuerza naval chilena, la que pasa su revista de combate en octubre del mismo año al

vencer y capturar en Talcahuano a la fragata de la armada española *Reina María Isabel* y al desbaratar gran parte del convoy que llevaba refuerzos militares desde España al Perú. Este contraste realista asusta a Pezuela, quien prematuramente decreta "una defensiva general en todos los puntos de su reino" en prevención de una inminente invasión; esta actitud defensiva la extiende erradamente a su flota, que renuncia a medirse con su flamante rival y le regala, de hecho, el control del Pacífico.

En 1819 se inicia una nueva etapa cuando Cochrane lleva su escuadra a aguas peruanas; entonces la defensiva naval realista llega al extremo de inmovilizarse al amparo de las baterías de Callao. El predominio marítimo patriota se hace ostensible. El tráfico realista queda seriamente interferido, afectando al comercio peruano de ultramar y a las líneas de comunicaciones militares que iban desde Callao a Arauco, Valdivia y Chiloé, como asimismo a las de mantenimiento del virreinato desde Panamá.

Entretanto en Chile, venciendo grandes tropiezos, se está tratando de formar el ejército destinado a emancipar al Perú. Este afán, que consume las mejores energías de O'Higgins y de su Ministro José Ignacio Zenteno, culminará el 20 de agosto de 1820 al zarpar de Valparaíso



CAPTURA DE LA "REINA MARIA ISABEL" (Oleo de Thomas Somerscales)

la Expedición Libertadora rumbo a las costas del Perú.

La situación política y militar que se vive en el teatro de la guerra sudamericano durante el apresto final de este ejército en 1820 es la que resumiremos en los párrafos subsiguientes.

La situación en el Perú

El Perú está sólidamente dominado por el Gobierno del Virrey, quien goza del apoyo de la inmensa mayoría de la población europea y criolla del país (unos 350 mil habitantes). Los elementos revolucionarios no tienen significación real en esa sociedad de convicciones monarquistas. El territorio sometido a su obediencia se extiende de norte a sur desde la provincia de Guayaquil hasta el despoblado de Atacama y hacia el oriente abarca la Presidencia de Charcas o Alto Perú, anexada al virreinato después de producirse la revolución independentista argentina.

Al estado de fuerzas nominal del ejército virreinal, considerando tropas regulares y milicias, sumaba alrededor de 17 mil hombres entre oficiales y soldados, de los cuales cerca de 7 mil guarnecían Lima; 4 mil se distribuían en el resto del territorio (con guarniciones importantes en Guayaquil, Arequipa y Huaura) y 6 mil en el Alto Perú. Este último cuerpo servía de contención a las tropas argentinas de Tucumán, a las que había derrotado en 1813 y 1815 penetrando luego en Salta. En el frente norte no había prevenciones especiales contra las fuerzas bolivarianas, las que aún no representaban una amenaza inmediata.

Pese a las cifras antes indicadas, la efectividad de las fuerzas que deberían oponerse al ejército invasor en el Bajo Perú era bastante menor, dados el escaso valor militar de varias de las unidades virreinales y las serias deficiencias de orden moral, disciplinario y sanitario que las afectaban. En marzo de 1820 no más de 4 mil hombres en todo el Bajo Perú estaban en condiciones de cargar armas.¹

La armada del Virrey, mantenida como flota en potencia en espera de eventuales refuerzos desde la Península (que no vendrían sino hasta 1824), contaba a mediados de 1820 con 3 fragatas de guerra (*Esmeralda*, *Prueba* y *Venganza*), una corbeta (*Sebastiana*), 4 bergantines

armados y 2 goletas, más 3 transportes y una flotilla de lanchas cañoneras para la defensa de Callao. A fines de octubre las fragatas *Prueba* y *Venganza* estaban en el litoral norte, después de haber redistribuido tropas entre Quilca, Cerro Azul y Callao.²

El mando superior de las fuerzas navales lo tenía el Jefe de Escuadra (Vicealmirante) don Antonio Vácaro.

Desde el término de la segunda campaña de Cochrane, en diciembre de 1819, no hubo presencia de fuerzas navales patriotas en aguas del Perú.

Mirados a grandes rasgos el despliegue de las fuerzas virreinales, las amenazas concretas o latentes que afrontaban y el ambiente interno que se vivía en el Perú, observemos lo que ocurre en el campo propio, vale decir, en Chile, y en las provincias argentinas.

La situación argentina

Ya hemos visto que Pueyrredón, Director Supremo del Estado rioplatense, había contribuido efectivamente a la formación del Ejército de los Andes y apoyaba decididamente los ulteriores planes estratégicos de San Martín. Una semana después de la victoria de Maipo, en abril de 1818, San Martín había viajado a Buenos Aires para concertar el apoyo argentino a la expedición al Perú, el que se manifestó en la promesa de concurrir con \$ 500 mil, suma considerada como la mitad de los gastos que demandaría la campaña marítima y terrestre.

Este buen entendimiento cristalizó en una alianza formal entre Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata, acordada en el Tratado del 15 de febrero de 1819 —el primero firmado entre ambas naciones— en el cual las dos partes contratantes se obligaban a costear una expedición al Perú “que ya está preparada en Chile a este objeto”, como se decía muy optimistamente en su texto.

Desgraciadamente, el Gobierno bonaerense se enfrentaba a serios problemas que le impedirían cumplir sus compromisos con Chile. Poco antes de la firma del tratado había llegado a Buenos Aires una noticia que confirmaba anteriores indicios sobre una expedición militar que se preparaba en Cádiz, fuerte en 18 mil hombres y apoyada por una escuadra, que se

¹ Informe del General La Serna al Rey, 20 de marzo de 1820 (citado por F.A. Encina).

² De acuerdo al Diario del virrey Joaquín de la Pezuela (citado por J.A. de la Puente C. en *Historia Marítima del Perú*), al ocurrir la toma de la *Esmeralda* (5 nov. 1820) estaban presentes en Callao otros dos buques armados: La *Sebastiana* y el bergantín *Maipú*. No hemos encontrado referencias sobre la ubicación precisa de las dos fragatas restantes.

propondría recuperar las provincias del Plata para la Corona.³

Como si esto fuera poco, caudillos provinciales se habían levantado en armas, los que hasta abril de 1819 pudieron ser contrarrestados por las fuerzas de Buenos Aires. A mediados de ese mismo año comenzó a deteriorarse la situación interna, primero por un creciente desprestigio del gobierno, que concluyó en la caída de Pueyrredón y su reemplazo por el General don José Rondeau, a lo que siguió la sublevación de Corrientes, Entreríos y Santa Fe. Esta insurrección fue alentada por el General chileno don José Miguel Carrera, hasta entonces exiliado en Montevideo, quien con miras a tomarse el poder en Chile deseaba aniquilar el sostén argentino al Gobierno de O'Higgins.

En octubre de 1819 Rondeau llamó en su auxilio a las fuerzas del General Belgrano desplegadas en Salta y a las de San Martín en Cuyo. Cabe señalar que la mayor parte del Ejército de los Andes —unos 2 mil hombres— permanecía en Chile, mientras sólo una división estaba en Mendoza.

San Martín se negó a gastar en la guerra civil las fuerzas que eran necesarias para la expedición al Perú y resolvió vol-

verse a Chile. Por otra parte, en enero de 1820 se sublevaron las tropas de Belgrano, como así también un batallón destacado por San Martín en San Juan. Como resultado de todo esto el General Rondeau fue derrotado el 1 de febrero por la coalición provinciana, a lo que siguió la instalación de sucesivos gobiernos efímeros en Buenos Aires y el estallido de nuevas campañas revolucionarias, en las que Carrera tuvo activa participación (hasta su detención y posterior fusilamiento).

La lucha derivó entonces en confrontacio-



GENERAL DON JOSE M. CARRERA V. (De: *La Armada de Chile*)

nes armadas entre provincias y en revueltas internas en éstas, de suerte que al promediar 1820 la anarquía se había generalizado a tal punto que las "Provincias Unidas" dejaron de ser un Estado como tal.

La anarquía argentina debió haber significado un golpe mortal a los planes de guerra contra el virreinato, ya que se esfumaba toda posibilidad de robustecer con tropas transandinas el ejército expedicionario y, sobre todo, porque desaparecía en definitiva toda esperanza de aporte financiero, al que se había obligado

³ Dicha expedición, que efectivamente se preparaba en Andalucía, no llegó a salir de España. El ejército, ya minado por divisiones políticas entre sus jefes, fue subvertido por agentes revolucionarios sudamericanos y luego diezmado por una epidemia de fiebre amarilla. Todo terminó con el alzamiento del Coronel Riego en enero de 1820.

el antiguo Gobierno de Buenos Aires. No obstante, Chile, sobreponiéndose a su pobreza, asumió por sí solo la carga y llevó a buen fin la empresa.

La situación en Chile

El Estado chileno vivía el período de quizás mayor adhesión ciudadana que tuviera el Gobierno de O'Higgins, que aunque resistido por la aristocracia contaba a su lado con el inmenso prestigio del General San Martín y con la tranquilidad de tener lejos a Carrera, su mayor amenaza a la paz interna. El fin de las luchas en el centro del país había dado un respiro que favorecía la unidad nacional después del despótico Gobierno de Marcó del Pont, el que había volcado al bando patriota a los indecisos y aun a numerosos realistas. El país sólo ansiaba tranquilidad.

Desde 1818 los mayores esfuerzos del gobierno estaban volcados a la formación de la escuadra y de un ejército nacional distinto del Ejército de los Andes. Los gastos de defensa representaban el ítem mayoritario de la caja fiscal, para cuyo financiamiento se habían prácticamente esquilado las ya menguadas fortunas de los pocos particulares acomodados del país (por obra de ambos bandos, desde 1813).

El territorio nacional estaba pacificado hasta no más al sur de Chillán. Más allá el ejército combatía con montoneras realistas que aliadas con los mapuches y mezcladas con el bandolerismo, como la banda del tristemente célebre Pedro Pablo Benavides, assolaban la región del Bío-Bío y Arauco. Este teatro de operaciones secundario —que había sido apoyado por vía marítima desde el virreinato a través de las costas de Arauco— se había reactivado en 1820 después de parecer casi extinguido, amarrando fuerzas que se restarían así a la expedición al Perú.

Con todo, la Expedición Libertadora, culminación de los anhelos de San Martín, seguía siendo el objeto de los mayores afanes y desvelos de O'Higgins. Como hemos visto, en febrero de 1819 se formalizaba la alianza ya existente desde el año anterior con el Gobierno de Buenos Aires; sin embargo, la llegada de los recur-

sos prometidos se había dilatado más allá de lo prudente, resultando infructuosos los oficios personales de San Martín para urgir su envío.

Así las cosas, el 28 de enero de 1819, dando por agotadas sus instancias ante el Gobierno de Buenos Aires y apreciando falta de capacidad de Chile para hacer realidad la expedición, San Martín escribió al Director Supremo rioplatense sugiriéndole que ordenara la repatriación del Ejército de los Andes so pretexto del peligro de invasión a Buenos Aires. Al obrar así es posible que San Martín quisiese presionar a Chile para que acelerara los preparativos concurriendo solo con los gastos; otra interpretación es que quisiese apremiar a Buenos Aires, encarándolo al gasto de mantener otro ejército cuando apenas podría sostener el de Belgrano.⁴

Pocos días después, San Martín se dirigía a Mendoza.

El hecho es que por oficio del 1 de marzo de 1819, Pueyrredón pidió a O'Higgins la devolución del Ejército de los Andes, el que a la sazón contaba en sus filas con dos tercios de chilenos. Esta medida significaba un serio revés para los planes a que obstinadamente se aferraba nuestro prócer. Pese a que O'Higgins compartía la inquietud por los problemas que afligían a los argentinos, logró detener el repaso de la cordillera de más o menos 2 mil soldados —ya lo había hecho una división compuesta de 1 batallón de infantería, 5 escuadrones de caballería y 8 piezas de artillería— recurriendo a la mediación del mismo San Martín (quien había provocado esta situación, sin saberlo O'Higgins).

Es comprensible que la amenaza de invasión a Buenos Aires, sumada al peligro de desintegración nacional, relegara a último término toda otra preocupación del Gobierno argentino. Pero hay que destacar que para Chile la eventual reconquista de Buenos Aires era igualmente intolerable, ya que lo habría de dejar entre dos poderosos enemigos, de los cuales el más nuevo contaría con una respetable fuerza naval. Sin embargo, el Gobierno de Santiago no había pensado en ningún momento en desistir de la expedición al Perú ni en comprometer su realización.⁵ Sacando recursos de la nada al comprometer las futuras rentas de la nación, dio la garantía estatal para un empréstito de \$2 millones que gestionaba al efecto en Londres.

⁴ Durante su permanencia en nuestro país, el Ejército de los Andes fue costeadado íntegramente por el Gobierno de Chile.

⁵ A mediados de 1819 la alarma por la expedición española se hizo obsesiva. Por momentos llegó a nublar la mente del propio San Martín, quien propuso a O'Higgins enviar la escuadra chilena al Atlántico. O'Higgins mantuvo la claridad de juicio para no tomar un curso de acción tan precipitado, que habría sido el punto final de la expedición al Perú.

Al llegar el mes de octubre de 1819 habría de producirse un hecho de la mayor trascendencia para el futuro de la Expedición. Como ya hemos relatado, con el pretexto —una vez más— de la defensa de Buenos Aires contra la invasión española, pero en la realidad para combatir a los insurrectos, el General Rondeau —sucesor de Pueyrredón— ordenó a San Martín que acudiera con sus fuerzas desde Mendoza a la capital.

Fue entonces cuando San Martín tomó la crucial decisión de desobedecer a su gobierno, marginándose de las luchas intestinas, para volver a cruzar la cordillera y poner sus fuerzas a disposición del Gobierno de Chile. San Martín, con su salud muy quebrantada, envió su renuncia a Rondeau y se vino a Chile en diciembre de 1819. A comienzos de marzo de 1820 repasaron la cordillera los restos de la división mendocina.

De esta manera, llegó a reunirse por fin en Chile lo que quedaba del Ejército de los Andes (2.600 hombres), ya desligado de la autoridad del Gobierno argentino por el acto de San Martín, gobierno que por lo demás dejaría muy pronto de existir.

Cuando a fines de 1819 se hizo evidente que no podría contarse con la ayuda de Buenos Aires, O'Higgins logró convencer al Senado que aprobara la ejecución del proyecto con sólo los recursos chilenos, lo que, como vimos, significaba exprimir al máximo la pobreza del país e hipotecar su futuro. El paso dado por San Martín no podría ser entonces más calurosa-mente bienvenido.

Sin embargo, la rebeldía de su General en Jefe había dejado al Ejército de los Andes en condición irregular; la autoridad de San Martín emanaba del Director Supremo de las Provincias Unidas, ya inexistente en abril de 1820. Entonces San Martín propuso a sus oficiales que eligieran un nuevo General, alegando su conocido mal estado de salud, pero éstos rechazaron su renuncia argumentando que su misión libertadora no podía caducar.

El paso siguiente lo dio O'Higgins en junio de 1820, al cobijar bajo el alero del Estado de Chile a ese ejército huérfano de asidero legal y



GENERAL DON JOSE DE SAN MARTIN (Oleo de Gil de Castro)

de bandera. Así, se reconocieron los grados que ostentaban los oficiales argentinos, agregándolos al escalafón del Ejército de Chile, lo que sirvió más tarde a muchos de ellos para recibir pensiones del Estado chileno. El General San Martín fue confirmado por el Gobierno de Chile en el mando del ejército, refundido ahora en el denominado Ejército Libertador del Perú.⁶

Para completar el panorama de la situación chilena al avanzar el año 1820, volvamos nuevamente los ojos a la flota. El 3 de febrero, de regreso de su segunda campaña, el Almirante Cochrane había capturado el puerto y plaza fuerte de Corral y de Valdivia, lo que quitó una posición estratégica valiosa a las fuerzas navales realistas y cortó la línea de comunicaciones entre Arauco y Chiloé; pero Cochrane había fallado en su intento de capturar Ancud, con lo

⁶ Ya en abril de 1819, don José de San Martín había sido nombrado Brigadier en el Ejército de Chile.

que el dominio chileno no pudo extenderse hasta aquel archipiélago, que continuó sirviendo de posición avanzada realista hasta 1826.

A la par que se aceleraba el alistamiento de las fuerzas terrestres, el Gobierno de O'Higgins procuraba completar el equipamiento y atender los gastos crecientes que demandaba la escuadra; esto último, por cierto, estuvo lejos de satisfacer las reales necesidades planteadas por Cochrane.

Superando serias dificultades materiales y faltas de entendimiento entre el escalón Gobierno y el Comandante en Jefe de la Escuadra —que habían provocado dos veces la renuncia de Cochrane, ambas veces rechazada— la escuadra se encontraba lista para operar en la primera semana de agosto. Estaba compuesta del navío *San Martín*, fragatas *O'Higgins* y *Lautaro*, corbetas *Independencia* y *Chacabuco* (que no zarpó con la expedición), bergantines *Araucano*, *Galvarino* y *Pueyrredón* (que zarpó en comisión independiente) y la goleta *Moctezuma*.

El embarque del ejército pudo empezarse el 10 de agosto en los 17 transportes reunidos al efecto, la mayor parte de los cuales habían sido capturados al enemigo en los últimos tres años. Es interesante consignar que el valor de los transportes estaba considerado como parte de pago del Estado a una sociedad particular contratada para atender a la alimentación, vestuario y otros gastos de transporte del ejército.

La fuerza efectiva del Ejército Libertador embarcado con destino al Perú contaba, de general a tambor, entre 4.400 y 4.800 plazas, según diferentes autores. Nos parece el más confiable Gonzalo Bulnes,⁷ quien menciona 2.818



LORD THOMAS A. COCHRANE (De: *Revista del Instituto O'Higginiano de Chile*)

plazas procedentes del Ejército de los Andes (en el cual había entre 60% y 70% de chilenos) y 1.981 del Ejército de Chile.

Para finalizar, debemos recalcar el duro sacrificio que significó para Chile organizar y equipar tanto la escuadra como el Ejército Libertador, logrado sólo gracias a la voluntad y al empuje de O'Higgins, quien tras comunicar su optimismo y entusiasmo al Senado hizo partícipe del esfuerzo a todo el pueblo chileno. En cifras globales, la Expedición le costó a Chile \$4 millones, de los cuales 3,5 correspondieron a la escuadra.⁸

⁷ Bulnes tuvo a su vista los apuntes de su abuelo, el General don Francisco Antonio Pinto, quien llevó un minucioso diario de campaña.

⁸ Chile cobró posteriormente los gastos de operación al Perú, que reconoció la deuda (15 de agosto de 1821); esta fue cancelada en 1856 (\$4 millones, incluidos los gastos de las campañas de la Restauración 1836-1839).

LA EXPEDICION LIBERTADORA, OBRA DE CHILE

A través de los párrafos anteriores hemos pretendido esbozar el panorama global en que se insertan la génesis, las vicisitudes y la materialización de la obra que hizo posible proyectar un poder militar al corazón del Perú, con miras a dar el golpe mortal a la potencia realista en América.

Los hechos relatados ponen claramente de manifiesto la participación primordial que le cupo a Chile en esta trascendental empresa. No obstante, por las razones dadas al principio de este escrito, creemos necesario profundizar algunos aspectos que muestran con mayor nitidez el carácter esencial y exclusivamente chileno de la Expedición.

La dependencia del General San Martín

Al principio, San Martín recibió el mando del Ejército de los Andes por la autoridad del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta dependencia cesó cuando San Martín voluntariamente la desconoció (1819), cesación que se confirmó meses después cuando desapareció la institucionalidad de la cual emanaba el mando de San Martín.

Mientras permaneció destacado en Chile, el Ejército de los Andes estuvo siempre subordinado al Gobierno chileno, tanto por implícita delegación de Pueyrredón como por nombramiento explícito de San Martín como jefe máximo de ese ejército, efectuado por O'Higgins en 1817; cuando se cortó el vínculo con Buenos Aires subsistió la subordinación al Gobierno de Chile. Entonces O'Higgins incorporó del todo al Ejército de los Andes, con su General en Jefe a la cabeza, quien por lo demás ya había recibido un grado en nuestro ejército.

Al crearse por decreto de O'Higgins el Ejército Libertador del Perú, San Martín aceptó el mando de este, como también el mando conjunto de la Expedición.⁹ O'Higgins le extendió las instrucciones superiores que definían su misión y sus atribuciones de mando, dejándole absoluta libertad en la conducción operativa. Además, le otorgó el nombramiento de Capitán General del Ejército de Chile, el mismo 20 de agosto de 1820, cuando zarpaba la Expedición.

No ponemos en duda que, en la práctica, San Martín actuó siempre con gran independencia de los gobiernos a que sirvió y que esta

característica se acentuó más desde su llegada al Perú, pero en la numerosa documentación existente manifiesta invariablemente su formal acatamiento a O'Higgins, facilitado desde luego por la sólida amistad que los unía. Una de las más taxativas de tales declaraciones está en su primera proclama al pueblo peruano (Pisco, octubre de 1820), donde dice: "...El día en que el Perú se decida libremente respecto a la forma de sus instituciones, cualesquiera que estas sean, mis funciones habrán terminado y tendré la gloria de anunciar al Gobierno de Chile, *del cual dependo*, que sus heroicos esfuerzos...".

Esta subordinación al Gobierno de Chile cesó de hecho, aunque nunca oficialmente, después que San Martín fue proclamado Protector del Perú el 28 de julio de 1821.

La nacionalidad de la escuadra

Pareciera ocioso reafirmar la chilenidad de la fuerza naval que, haciéndose dueña del Pacífico, hizo posible el traslado seguro y el posterior sostenimiento del Ejército Libertador en un teatro de operaciones de ultramar. Desde luego, ningún historiador ha negado que aquella hazaña fue realizada por la escuadra chilena, entonces mandada por Lord Thomas A. Cochrane, en calidad de Vicealmirante de la Armada de Chile; pero a menudo esta verdad se silencia.

Escaparía a los límites de este trabajo demostrar que la creación y formación de la escuadra fue realizada íntegramente por el Gobierno de Chile, a costa de enormes sacrificios económicos que recayeron sobre todo el pueblo chileno desde 1817 en adelante; la documentación existente llena varios volúmenes. Sólo nos limitaremos a recordar el origen de los buques que integraban la escuadra en agosto de 1820 y su costo de adquisición por el Estado de Chile; no hubo regalos ni aportes extranjeros.

- Bergantín *Pueyrredón* (ex *Aguila*): Capturado en Valparaíso por los patriotas, en febrero de 1817.
- Fragata *Lautaro* (ex *Windham*): Comprada a armadores ingleses en \$180 mil, en abril de 1818. (\$75 mil fueron aportados por el comercio de Valparaíso.)
- Navío *San Martín* (ex *Cumberland*): Comprado a armadores ingleses en \$140 mil, en junio de 1818.

⁹ San Martín enarboló su insignia de mando a bordo del navío *San Martín*. Esta insignia consistía en una bandera chilena en cuyo campo azul mostraba tres estrellas.



ZARPE DE LA ESCUADRA LIBERTADORA DEL PERU DESDE VALPARAISO EL 20 DE AGOSTO DE 1820
(Oleo de E. Biggeri, Cámara de Suboficiales Academia de Guerra Naval)

- Corbeta *Chacabuco* (ex *Coquimbo*): Comprada a armadores de Coquimbo en \$36 mil, en junio de 1818.
- Bergantín *Araucano* (ex *Colombo*): Comprado a un armador norteamericano en \$33 mil, en agosto de 1818.
- Fragata *O'Higgins* (ex *Reina María Isabel*): Fragata de la armada española capturada por la escuadra chilena en Talcahuano, en octubre de 1818.
- Bergantín *Galvarino* (ex *Lucy*): Ex HMS *Hecate*, comprado a su armador y Capitán M.G. Guise en \$70 mil, en octubre de 1818.
- Goleta *Moctezuma*: Apresada en aguas peruanas por la escuadra chilena, en marzo de 1819.
- Corbeta *Independencia* (ex *Curacio*): Mandada construir en Estados Unidos por el Gobierno de Chile. Costó \$157 mil. Llegó en junio de 1819.

A esta lista se podría agregar el bergantín *Intrépido*, cedido en préstamo por el Gobierno bonaerense a fines de 1818 (único aporte argentino a la campaña naval); pero fue comprado por el Gobierno de Chile en junio de 1819 y naufragó en Corral el 10 de febrero de 1820.

Para disipar cualquier sombra de duda sobre la pertenencia exclusiva de esta escuadra a Chile, podemos recurrir a numerosísimos testimonios que hablan de la *Escuadra de Chile*, de los preparativos navales del *Gobierno de Chile*, del *Almirante de la Escuadra Chilena*, etc.¹⁰ Citemos dos de ellos, que nos parecen concluyentes. En primer lugar al General don Guillermo Miller en sus *Memorias*, donde describe el embarque de las tropas en Valparaíso, expresando: "...la bahía, casi solitaria en otros tiempos y ahora cubierta de buques en cuyos mástiles flotaba la *bandera chilena*...". El otro figura en actas del Congreso Constituyente del Perú

¹⁰ Entre otros, podemos nombrar: Diario del Virrey Pezuela (4 oct. 1818); Mariano Paz Soldán en *Historia del Perú Independiente* (cap. I); Conde de Torata (tomo III, vol. I); Bartolomé Mitre en *Historia de San Martín* (tomo III); William B. Stevenson en *Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú* (tomo XXVII, vol. III). Todos estos citados en *Historia Marítima del Perú*, de José A. de la Puente Candamo.

en 1822, el cual acordó un homenaje a Cochrane en los siguientes términos: "Que la Junta Gubernativa rinda a nombre de la nación a Lord Cochrane, *Almirante de la Escuadra de Chile...*".

La nacionalidad del ejército

El Ejército Libertador del Perú fue creado por el Director Supremo de Chile al refundir fuerzas del antiguo Ejército de los Andes con las del Ejército de Chile. Hemos visto que en el primero de los nombrados había una minoría de cuyanos u otros argentinos, aunque entre los oficiales —partiendo por el Comandante en Jefe— éstos desempeñaban varios mandos de unidades o cargos más importantes.

El Ejército de los Andes había usado la bandera argentina; al crearse el nuevo ejército se planteó la duda acerca de cuál sería la enseña que le correspondería. A la pregunta hecha por un particular a San Martín "¿Bajo qué bandera marchará la expedición?", éste contestó: "Con la chilena, señor". Mejor testimonio, imposible.

No obstante, agregaremos otros antecedentes que confirman fehacientemente la chilenidad del ejército.

La bandera que tenía el Ejército de los Andes quedó en Chile, bajo custodia de su gobierno, que la devolvió al cabildo de Cuyo en 1823. El General Espejo, en *El paso de los Andes* expresa: "En esas circunstancias se organizaba la expedición libertadora del Perú, cuya principal fuerza la componían las tropas de los Andes; mas su bandera, esa sagrada insignia laureada por las victorias de Chacabuco y Maipo, era necesario eliminarla por cuanto simbolizaba un cuerpo destruido, sin cabeza". (Citado por Gonzalo Bulnes en *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*, cap. vi).

El General don José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina en 1820, en su relato del zarpe de la Expedición dice: "...a las nueve de la mañana se enarboló la bandera nacional de la república que únicamente debe desplegar el Ejército Libertador".

El esfuerzo nacional de Chile

Para completar el muestrario de testimonios que ratifican en forma inequívoca el planteamiento que motiva nuestro trabajo, mencionaremos sólo dos de la mayor importancia.

El primero es del Capitán General don José de San Martín y consta en su decreto publicado en la *Gaceta de Lima* el 17 de agosto de 1821, como Protector del Perú, en el que reconoce

como deuda nacional peruana los atrasos en el pago de sueldos y premios al ejército y la escuadra. Dice en su preámbulo: "*El Ejército y la Escuadra de Chile* reunidos han consumado, por último, la libertad del Perú, según lo habían jurado..."

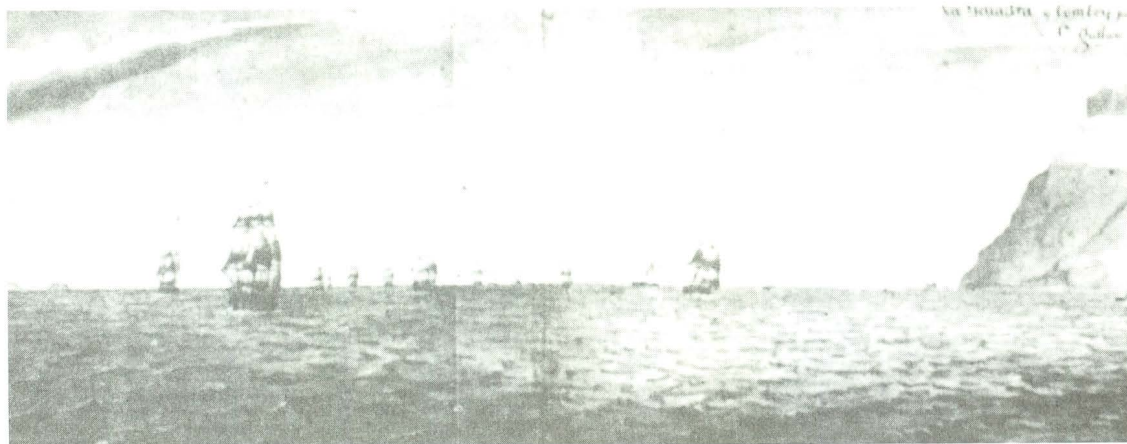
El segundo es del General argentino don Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín*, donde se refiere a la partida de la Expedición al Perú en los siguientes términos: "*La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional según lo convenido con San Martín, concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno con su escuadra, su tesoro y con la recluta* con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el ejército unido chileno-argentino". Más adelante expresa: "...jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. *Es gloria de Chile* haberlo realizado..."

LA CAMPAÑA EN EL PERU, 1820-1821

No es nuestro ánimo abordar un estudio detallado de la campaña militar conducida por San Martín, ni de la campaña naval desarrollada por Cochrane. Sólo acotaremos que el accionar de la fuerza expedicionaria estuvo lamentablemente jalonado por las serias divergencias entre ambos jefes, comenzando por sus concepciones estratégicas. Cochrane representa al prototipo del guerrero neto, de mentalidad condicionada a la acción. San Martín, en cambio, es un artífice de la estrategia indirecta; sólo usaría la fuerza como elemento de amenaza o presión, buscando anular la voluntad de lucha del enemigo.

Si bien es cierto que San Martín alcanzó finalmente el objetivo político al ocupar Lima y proclamar la independencia del Perú, es un hecho que no cumplió su objetivo estratégico, que era destruir el poder militar virreinal; esta omisión hizo necesaria la posterior intervención militar de Bolívar. Desde este punto de vista, creemos que se malogró el empleo del instrumento bélico terrestre que tanto sacrificio costó a Chile; el éxito aparente se debió más a la falta de capacidad del enemigo que al acierto en la conducción de las fuerzas propias.

Por el contrario, pese a las limitantes, estrecheces y falta de unidad de criterio con su escalón superior, el poder naval chileno fue empleado con todo acierto para lograr efectos estratégicos significativos y perdurables para la libertad americana.



LA ESCUADRA LIBERTADORA DEL PERÚ PASANDO POR EL BOQUERÓN DE SAN GALLÁN, EN CALLAO (Acuarela de Charles Wood)

CONCLUSIONES

De los antecedentes históricos anotados en los títulos precedentes podemos extraer las siguientes ideas centrales:

—En la autoría intelectual de la Expedición se conjugaron la inteligencia y correcta visión estratégica de San Martín, con la no menos certera y visionaria mentalidad marítima de O'Higgins. Ambos se compenetraron a tal punto del mismo ideario que, al decir de un autor, parecían compartir una sola alma. El Gobierno de Buenos Aires tuvo la intención de concurrir a la empresa en partes iguales con Chile, lo que

se frustró por su inestabilidad y por el posterior derrumbe de su frente interno.

—La materialización de la Expedición fue obra íntegra y exclusiva de Chile: Chilena fue la escuadra, chileno el ejército —en el cual la gran mayoría de sus soldados eran chilenos— y algo muy importante, chileno fue el dinero.

—La contribución de Chile a la independencia del Perú fue directa y muy concreta. Merece destacarse especialmente el rol jugado por nuestro poder naval para proyectar a su territorio el potencial militar que puso en jaque a las fuerzas del Virrey, siendo así determinante para la instauración de un nuevo orden político en ese país.

BIBLIOGRAFIA

- Gonzalo Bulnes: *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*.
- Francisco A. Encina: *Historia de Chile*, tomos VII y VIII.
- Rodrigo Fuenzalida B.: *La Armada de Chile. Desde la Alborada hasta el Sesquicentenario*, tomo I.
- José A. de la Puente Candamo: *Historia Marítima del Perú*, tomo V, vol. I.
- Thomas A. Cochrane: *Memorias*.